

Sobre la entonación y el acento vascos

En mi «Pronunciación guipuzcoana» (1) puse el mayor cuidado en manifestar que dicho trabajo no era un estudio general de la materia, sino simplemente un análisis de la pronunciación de una persona cuya naturaleza, profesión y demás circunstancias expresé con todo detalle (2). Al dar estas explicaciones tuve presente que en un trabajo de este carácter, sobre una lengua tan matizada de variantes y diferencias como el vasco, la primera exigencia que había que atender consistía en señalar concretamente la relación geográfica y social de los hechos observados. Otros estudios de este tipo sobre diferentes personas y lugares, atestiguando hechos distintos o coincidiendo con los que yo he registrado, servirán para que un día pueda considerarse en conjunto el carácter, la extensión y los límites de cada fenómeno.

Algunas de mis observaciones sobre la entonación han parecido equivocadas al Sr. Ormaechea (3). La entonación es uno de los puntos que con más seguridad pueden estudiarse por medio del cilindro registrador. Bastan un diapasón ordinario y un inscriptor que recoja y registre las vibraciones de las cuerdas vocales para poder determinar claramente la altura de cada sonido. Mis datos sobre el guipuzcoano se fundan en la medida y recuento de una considerable cantidad de hojas quimográficas que se hallan en el laboratorio de fonética del Centro de Estudios Históricos a la disposición de quien desee consultarlas. El Sr. O. no ha examinado estos materiales ni los ha confrontado con la persona a quien se refieren; pero rechaza lo que no se acomoda a sus opiniones, manifestando que pone más confianza en su propio oído que en los aparatos de que se sirve la fonética experimental.

Tratándose de una materia tan variable como la entonación y no haciendo referencia a una misma persona no es de extrañar

(1) *Homenaje a Menéndez Pidal*, 1925, III, 593-653.

(2) Las notas que recogí de otros sujetos sólo van consideradas en mi trabajo desde un punto de vista secundario.

(3) *Revista I. de los Estudios Vascos*, 1926, XVII, 261-262.

que los datos recogidos, con el oído o con los aparatos, no resulten idénticos. Por mi parte nunca he pensado que la pronunciación de que trato en mi estudio represente cabalmente todo el guipuzcoano. Supongo que el Sr. O. tampoco pretenderá sostener que la entonación vasca, tal como él la define, se cumpla invariablemente en toda la Vasconia.

La discusión sobre la superioridad del método auditivo o del experimental en la investigación fonética tuvo actualidad hace más de quince años. Hoy ya es cosa sabida entre los que se dedican a estos estudios que el cilindro registrador no ha venido a sustituir al oído sino a auxiliarlo y ayudarlo, así como el microscopio no vino a competir con el ojo sino a aumentar el alcance de su potencia visual. Ni el ojo ni el oído bastan por sí solos para realizar cierta clase de estudios, porque es evidente que, no obstante su admirable mecanismo, el «Inventor Universal» no hizo al uno para describir microbios ni al otro para contar vibraciones. No comprendo qué faltas puede haber hallado el Sr. O. en el funcionamiento de los aparatos de la fonética experimental para decir que no los encuentra bastante perfectos para el estudio del tono. El tono ha sido estudiado experimentalmente en varios idiomas por Rousselot, Jones, Meyer, Calzia, Weiblinger, Gili, Heinitz y otros.

Hace unos años el Sr. O. publicó en esta misma REVISTA unos interesantes artículos sobre el acento vasco. El principal objeto de dichos artículos era demostrar que el acento vasco no es acento de intensidad sino tónico o musical, definiéndolo como «la altura relativa de una sílaba en la palabra, frase o período» (REV, 1918, IX, 3). La pronunciación por mí estudiada no confirmó la existencia de dicho acento. Las diferencias de altura señaladas por el quimógrafo entre las sílabas de una misma palabra fueron, cuando las hubo, tan minúsculas e insignificantes que, dado el ordinario alcance del oído y teniendo en cuenta la proporción de estas modificaciones en otros idiomas, no cabía atribuirles en el caso estudiado ningún valor prosódico. Ante resultados tan opuestos no creo que a nadie se le pueda ocurrir, como sugiere el Sr. O., que lo que yo digo a este propósito sea copia o calco de lo que el Sr. O. intentó defender.

Al indicar que el Sr. O. ha afirmado que en vasco hay acentos tónicos fijos que dan determinada estructura prosódica a las palabras, tuve presentes aquellos pasajes en que el Sr. O. declara que en la palabra *beera* «la primera *e* tiene acento tónico agudo; la segunda,

grave» (REV, 1918, IX, 3); que «nuestras palabras de tres y más sílabas tienen acento tónico en su primera y última sílaba» (ibid. 4); y que por lo que se, refiere a los acentos de la frase «los hay *fijos* y variables: son *fijos* los de la primera y última sílabas, lo mismo que dijimos en la palabra en general y diremos después del período» (ibid. 9). Creo que estos pasajes demuestran claramente que el Sr. O. ha dicho que en vasco hay acentos *fijos* en la palabra y en la frase y que por consiguiente mi nota no atribuía al Sr. O. nada que él no hubiese escrito. Sorprende que, olvidando sus propias explicaciones, manifieste ahora el Sr. O. que su más obstinado empeño ha sido siempre defender que en vasco no hay acentos fijos (REV, 1926, XVII, 260). Si efectivamente dijo en otros pasajes lo contrario que en éstos no extraña al Sr. O. que los demás le atribuyan una u otra opinión mientras él por su parte no se ponga de acuerdo consigo mismo.

Al principio de los citados artículos, pensando también, por lo visto, de distinto modo que ahora, lamentaba oportunamente el Sr. O. la dificultad de estudiar estas cuestiones «con sólo el auxilio del órgano auditivo, mientras no se disponga de aparatos mecánicos» (REV, 1918, IX, 1). Por fortuna estos aparatos existen, y el Sr. O. no debe modificar la esperanza que en ellos ponía cuando escribió dichas palabras.

Deseo sinceramente que el Sr. O. no haga cuestión de amor propio estas discrepancias y que al venir alguna vez a Madrid me haga el honor de visitar el laboratorio del Centro de Estudios Históricos, donde sobre los mismos aparatos podríamos ver prácticamente sus inconvenientes o ventajas.

Tal vez sirviese además dicha visita para que el Sr. O. reconociese que no «repugna» que dos sílabas contiguas sean igualmente agudas o graves, que se puede medir exactamente la entonación de una palabra vasca aunque no se haya nacido en el país, y que por muy fino que uno crea tener el oído no es prudente aplicarlo a la investigación científica en competencia con los aparatos de precisión.

T. NAVARRO TOMÁS